Domingo
XVII del tiempo Ordinario del ciclo A.

¿Cuál es la decisión más importante de nuestra vida?

Estudio bíblico sobre MT. 13, 31-35. 44-52.

¿Cuál es la decisión más importante que hemos tomado durante los años que se ha prolongado nuestra vida? Esta pregunta se la hice recientemente a una estudiante, la cual me respondió: "La decisión más importante que he tomado es la de terminar de estudiar la carrera de Derecho. Mis estudios pueden permitirme tener un trabajo bueno y bien remunerado". Un ama de casa, me dijo hace varios días cuando coincidimos en un supermercado: "La decisión más importante que he tomado ha sido casarme con el hombre que amo y me está haciendo feliz".

Para los cristianos, la decisión más importante, consiste en ser discípulos de Jesús, porque ello les ayuda a afrontar las vicisitudes de la vida con optimismo. Los cristianos que tienen la convicción de que Dios forma parte de sus vidas, jamás se sentirán desamparados, ni aunque vivan grandes dificultades.

Aunque gracias a Dios existen muchos grupos de cristianos que se comunican entre sí utilizando diferentes medios, aún muchos de nuestros hermanos, que no tienen la oportunidad de formar parte de ninguna asociación o movimiento, se quejan de que se sienten solos, porque no pueden compartir sus inquietudes religiosas con sus familiares y amigos, porque los tales carecen de fe. ¿Somos pocos los cristianos que vivimos nuestra fe activamente? Jesús nos responde esta pregunta, en los siguientes términos:

"El reino de Dios puede compararse al grano de mostaza que el labrador siembra en el campo. Se trata, por cierto, de la más pequeña de todas las semillas, pero luego crece más que otras plantas del huerto y llega a hacerse un árbol, hasta el punto de que en sus ramas anidan los pájaros" (MT. 13, 31-32).

En nuestra sociedad, si queremos promocionar algún proyecto, no tenemos más remedio que organizar una buena campaña publicitaria, para poder lograr el citado fin en un corto espacio de tiempo. El Reino de Dios, -cuya ideología difiere notablemente de los sistemas de pensamiento humanos-, no se propaga por la utilización de la publicidad, sino por la forma que tenemos de acoger el Evangelio. Tal como recordamos hace una semana al meditar la parábola del sembrador, Jesús esparce sus semillas con la ayuda del Espíritu Santo y de sus predicadores, y nosotros tomamos la opción de aceptar o de rechazar su mensaje salvífico.

Hace unos diez años, tuve la oportunidad de asistir a unos ejercicios espirituales, en que me encontré con un sacerdote muy desanimado, porque los asistentes a su iglesia se negaban a creer en Dios. Muchos predicadores religiosos y laicos, hemos tenido la sensación, en más de una ocasión, de que nuestro trabajo en la viña del Señor ha sido inútil, lo cual dista años luz de la realidad, porque no somos nosotros quienes tenemos que cosechar los resultados de nuestra siembra, pues ello le

compete a Dios únicamente. Desgraciadamente, a veces la gente nos reprocha a los predicadores los errores que cometemos, y se calla cuando nuestras palabras le aportan consuelo, lo cual puede conducirnos a creer, erróneamente, que el trabajo que realizamos carece de sentido.

El siguiente texto del Evangelio que estamos considerando, puede ayudarnos a comprender que es Dios quien cosecha el resultado de nuestra siembra, porque hay ocasiones en que solo vemos lo infructífera que pensamos que es nuestra actividad evangelizadora.

"También les dijo: -El reino de Dios puede compararse a la levadura que una mujer mezcló con tres medidas de harina para que fermentara toda la masa" (MT. 13, 33).

Cuando nos disponemos a hacer pan, y mezclamos la levadura con la harina, visualmente, podemos distinguir la harina, la cual no puede ser separada por nosotros de la levadura. Una vez que vertimos agua caliente sobre la mezcla de harina y levadura, podemos empezar a amasarla. Aunque no podemos ver la levadura, no podemos hacer el pan sin el citado producto.

Quizá tenemos la impresión de que vivimos en un mundo en que la fe en Dios se extingue a la velocidad que pasa el tiempo. Hay muchos predicadores carentes de optimismo que no cesan de recordarnos que el pecado embota nuestros corazones cada día más, y que, consecuentemente, cada día nos negamos más a creer en Dios. Esos predicadores que a veces se muestran malhumorados, dan la impresión de no recordar que, aunque no pueden constatar esta realidad, muchos enfermos, ancianos y desamparados son felices, porque saben que en el mundo tienen muchos hermanos que oran por ellos. Sé que entre nuestros hermanos hay mucha gente que tiene problemas para orar porque tiene una fe muy débil, pero, dado que todos los cristianos no estamos preparados para testimoniar la fe que profesamos, no podemos controlar el conocimiento de Dios que tenemos todos los creyentes, pero, aunque no debemos negar que vivimos en un tiempo de grandes crisis espirituales, no debemos cometer el error de creer que los cristianos están desapareciendo, porque, de alguna manera, esta opinión constituye un grave acto de desconfianza con respecto a Dios, de quien podemos caer en la tentación de creer, que no está llevando a cabo la obra de redimirnos.

De la misma forma que no se puede hacer pan sin la levadura que no se ve al ser mezclada con harina, en nuestra sociedad hay cristianos, y, aunque no todos actuemos como nos corresponde a los hijos de Dios, ello debe notarse, aunque pase desapercibidamente ante nosotros. Es normal que las acciones que llevamos a cabo los cristianos practicantes carezcan de relevancia, porque vivimos en sociedades en que les damos mucha importancia a las malas noticias, mientras que damos la impresión de no interesarnos por los hechos buenos que acontecen en nuestro mundo. Muchos de nuestros hermanos dirían que esta situación la producen los medios de comunicación, pero yo entiendo que ello no es cierto, porque los citados medios les dan a sus clientes lo que los tales les solicitan. Los

medios de comunicación se dedican a potenciar los valores de las sociedades en que llevan a cabo su labor informativa.

Quizá nos resistimos a creer que en nuestro entorno hay gente que cree en Dios, sin recordar que la gran mayoría de obras que podemos hacer los cristianos, deben llevarse a cabo desde el anonimato, lo cual causa que tales actos pasen desapercibidamente en nuestras sociedades. Hay en el mundo alrededor de medio millón de sacerdotes y miles de misioneros que le han consagrado su vida a la predicación del Evangelio. Hay muchos religiosos y laicos que le dedican muchas horas a la realización del trabajo del Señor en diferentes campos. Muchos enfermos y ancianos le dedican muchas horas a la oración, de manera que actúan como si sus plegarias ayudaran a concluir cuanto antes la instauración del Reino de Dios en el mundo. Otros tantos nos dedicamos a predicar utilizando los medios de comunicación que están a nuestro alcance...

"Jesús expuso todas estas parábolas a la multitud, y sin parábolas no les decía nada, para que se cumpliera lo anunciado por el profeta: Hablaré por medio de parábolas; pondré de manifiesto cosas que han estado ocultas desde el principio del mundo" (MT. 13, 34-35).

Al meditar los primeros treinta y cinco versículos del capítulo trece del Evangelio de San Mateo, podemos llegar a la conclusión de que necesitamos vivir la humildad de Dios, para poder llegar a formar parte de su Reino. Dependiendo de nuestra comprensión y aceptación de la Palabra de Dios, podemos llegar a acoger el Evangelio en nuestros corazones, o podemos rechazarlo, y, consiguientemente, podemos rechazar la salvación que el Dios Uno y Trino nos ofrece. Tal como vimos el Domingo XV Ordinario, las semillas que el Sembrador lanza al mundo son de una excelente calidad, pero nuestros corazones pueden ser un terreno no apto para que las mismas germinen y fructifiquen.

A través de la meditación de MT. 13, 1-30 que os envié el Domingo XV Ordinario, y por medio de la presente meditación, podemos constatar la sencillez con que Dios se nos manifiesta por medio de las circunstancias vitales. Esta consideración nos ofrece la oportunidad de pensar si el servicio a Dios constituye la decisión más importante que hemos tomado durante los años que hemos vivido, porque, si dicho servicio no constituye la principal prioridad de nuestra vida, jamás podremos llegar a ser los seguidores de Jesús que nuestro Señor espera que seamos.

"El que quiere a su madre o a su padre más que a mí, no es digno de mí. El que quiere a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Y el que no esté dispuesto a tomar su cruz para seguirme, tampoco es digno de mí. El que quiera salvar su vida (actual), la perderá, pero el que, por causa mía, la pierda, se la salvará (la vida eterna)" (MT. 10, 37-39).

Dado que el Dios Uno y Trino nos ama, es normal el hecho de que el cumplimiento de su voluntad se convierta en nuestra prioridad principal, porque ello consiste en buscar el hecho de alcanzar la plenitud de la felicidad, porque Dios no depende de nosotros para poder ser feliz por Sí mismo, pero quiere que formemos

parte activa de su Reino desde nuestras circunstancias actuales, aunque no seamos los más fieles creyentes del mundo, porque El perdona a todos los que se arrepienten de haber pecado. Es esta la razón por la que leemos en el libro bíblico de los Salmos:

"Enséñame a cumplir tu voluntad,
porque tú eres mi Dios;
tu Espíritu que es bueno me guíe
por una tierra llana" (SAL. 143, 10).

¿Cómo puede Dios enseñarnos a cumplir su voluntad, si no podemos oír su voz? Nuestro Santo Padre nos habla por medio de la Biblia, por sus predicadores y las circunstancias que vivimos. Esta es la razón que nos induce a creer que todo lo que nos sucede en la vida nos es útil, en el sentido de que nos aporta una buena instrucción espiritual, aunque tardemos muchos años en descubrir la misma.

"El reino de Dios puede compararse a un tesoro escondido en un campo. El que lo encuentra, lo primero que hace es esconderlo de nuevo; luego, lleno de alegría, va a vender todo lo que tiene y compra aquel campo" (MT. 13, 44).

¿Cuál es el tesoro más preciado que tenemos? ¿Es el mismo una de las relaciones que mantenemos, o es uno de los bienes que poseemos?

Jesús le dijo a un joven rico, que en cierta ocasión le pidió que lo dejara ser su seguidor:

"-Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees y reparte el producto entre los pobres. así te harás un tesoro en el cielo. Luego vuelve aquí y sígueme" (CF. MT. 19, 21).

¿Somos capaces de renunciar a mantener una relación de cualquier tipo, en el caso de que la misma perjudique nuestra profesión de fe? En el caso de que renunciemos a mantener dicha relación, nuestro beneficio será doble, porque no solo demostraremos la fe que tenemos, sino que nos demostraremos a nosotros mismos que tenemos las suficientes autoestima y voluntad, como para que nadie pueda hacer con nuestra vida según sus caprichos.

El joven rico anteriormente mencionado en MT. 19, 21, no fue capaz de convertir el seguimiento de Jesús en su tesoro. Casos de este tipo se dan entre quienes codician los bienes terrenos, y entre quienes piensan que el seguimiento de Jesús está constituido por renuncias sin satisfacciones, tal como enseñan los predicadores carentes de optimismo, que ven la vida de los cristianos como una permanente lucha marcada por la pena, que no puede ser abarcada por la gloria en esta vida.

"También puede compararse el reino de Dios a un comerciante que busca perlas finas. Cuando encuentra una de mucho valor, va a vender todo lo que tiene y la compra" (MT. 13, 45-46).

¿Qué personas o posesiones le dan sentido a nuestra vida? Hay quienes piensan que vivimos para trabajar, mientras que otros pensamos que, en el caso de poder trabajar, debemos hacerlo para vivir. Quienes sostenemos la segunda opinión, somos tachados como poco ambiciosos, y, consiguientemente, como poco luchadores. A pesar de que muchos no nos juzgan positivamente, el hecho de hacer de la fe que profesamos y de nuestras relaciones el centro de nuestra vida, tiene un precio muy alto que debemos pagar, pero, en esta vida, todos los que queremos superarnos en algún terreno, debemos estar dispuestos a afrontar dificultades, y a llevar a cabo sacrificios.

"El reino de Dios puede compararse también a una red lanzada al mar, que se llena de toda clase de peces. Cuando la red está llena, los pescadores la arrastran a la orilla y se sientan a escogerlos: ponen los buenos en cestos y desechan los malos. Así sucederá al fin del mundo: los ángeles saldrán a separar a los malos de los buenos. Y arrojarán a los malos al horno encendido; allí llorarán y les rechinarán los dientes" (MT. 13, 47-50).

Al igual que hizo con la parábola del trigo y la cizaña, nuestro Señor nos vuelve a recordar que en este mundo vivimos gente que observamos todo tipo de conductas, pero que este hecho no debe inducirnos a creer que Dios está dejando de llevar a cabo su obra. Precisamente, gracias a los medios de comunicación que tanto denigran muchos de nuestros hermanos, podemos trabajar para comunicarnos con muchos de nuestros hermanos de fe que viven lejos de nosotros. Si somos capaces de aprovechar los medios que tenemos al alcance en este tiempo, será muy difícil volver a encontrar un solo cristiano que se queje por no poder tener a nadie con quien hablar de su fe.

"Jesús les preguntó: -¿Habéis entendido todo esto? Ellos contestaron: -Sí. Y él añadió: -Cuando uno de vuestros maestros de la Ley se hace discípulo del reino de Dios, viene a ser como un amo de casa que de sus pertenencias saca cosas nuevas y cosas viejas" (MT. 13, 51-52).

Los intérpretes de la Ley de Moisés, al ser conocedores del Antiguo Testamento (la primera parte de la Biblia), podían servirse, tanto de sus conocimientos, como del mensaje predicado por Jesús, para aumentar el número de los hijos de la Iglesia del futuro.

Concluyamos esta meditación, pidiéndole a nuestro Padre común que se nos manifieste, para que nos sintamos motivados a servirlo, en nuestros prójimos los hombres.